

da encontramos forzado. En sus seis capítulos se hallan consignados, según el índice de nombres, más de 800 personajes que tienen relación directa con la vida social, política, diplomática e internacional de Europa.

«Me llamaban Casandra» es un libro de palpitante interés, y constituye un documento, un aporte magnífico para el conocimiento de la derrota de nuestra querida Francia. La versión se debe a Inés Cané, y como todas las suyas siempre intachable, correcta.—FRANCISCO SANTANA.



CABO DE HORNOS, cuentos por *Francisco A. Coloane*. Edit, Orbe; 2.^a edición. Santiago.

No coinciden generalmente en la obra literaria el interés con el mérito. En las novelas de Jack London, por ejemplo, o de Conrads, o de Blaisse Cendrars, hay a nuestro parecer un veinte por ciento de mérito y un ochenta por ciento de interés.

En realidad, es el tema, exótico, desconocido para el lector, lleno de peripecias, con una psicología meramente descriptiva, lo que nos hace entusiasmarnos en esas largas narraciones de aventuras, a las que nuestra imaginación agrega una buena parte en su efecto. Eso, y la amenidad, y la técnica, otras condiciones más o menos consistentes o más o menos superficiales. Pero todo eso es transitorio, y el tiempo se encargará de mostrarnos la verdadera osamenta artística de la obra.

Estos cuentos, sencillos, auténticos, truculentos, de Francisco A. Coloane, perderán acaso, cuando el ambiente novelístico de la Tierra del Fuego sea cada vez más frecuentado por los pasos de otros escritores que forzosamente han de venir tras las huellas del autor de «Cabo de Hornos», parte del vivo interés que de inmediato han despertado en el público lector. Parte solamente; pues el autor de «Cabo de Hornos» posee,

junto con la vitalidad sanguínea de los grandes autores y exploradores en este género literario, otra vital y virtual cualidad imprecisable, pero sensible a cada momento en sus relatos, que aquellos no poseyeron. Cierta delicadeza sentimental en la expresión, a pesar de su disimulado afán de «estar al día» con las crudas tendencias modernistas; cierta natural y viva poesía que va floreciendo a cada paso—pese también a los temas poco adecuados—pequeños trozos de espontánea belleza; frases de definitiva expresión: «De pronto, un jirón se desprende del grupo fugitivo. Es un jinete. Revuelve su caballo hacia el camino andada y se lanza veloz. Es tan insólita su actitud y con tal decisión arranca en sentido opuesto, que parece que con él se ha vuelto el grupo todo, y los cuatro jinetes que siguen galopando en la distancia sólo semejan el verdadero jirón de la unidad que es este hombre. . .» («Cururo», pág. 218).

A cada paso, como decimos, hay en estos relatos, junto a la densidad trágica del contenido, paréntesis de sugerencia, como éste. Es la condición esencial del autor: el delicado toque indefinido en su gran fuerza de narrador. Y también, el toque preciso; pero de una precisión estética inusitada dentro de los límites del género narrativo: «. . . la bestia marina se incorporó sobre sus aletas traseras; la piel tersa y blanca relució cual un mármol; su pecho, con dos prominencias, como senos de mujer, se irguió poderosamente; en un instante semejó la escultura de una diosa griega, bella y monstruosa, iluminada por las luces de la luna y del amanecer; movió la cabeza, destapó los grandes bellos, un ronco bramido pareció hacer temblar el Páramo y se desplomó entre los estertores de la muerte». («El Páramo», pág. 161).

Cuentos como «Curura», «El Páramo», «El témpano de Kanasaka», «El vellonero», etc.; en los que, no obstante un estilo un poco desajustado y una estructura que se resquebraja a veces como ese mismo témpano siniestro de Kanasaka, son de una armónica dramaticidad y poesía; y nos dejan en el ánimo

una vaga impresión inolvidable. Algo sutil que está más allá del ambiente del relato, y más allá de los hechos y de las palabras.

Y es curioso; a pesar de lo tremebundo de estos relatos, tienen ellos más bien algo de sedante. No es que no convenzan; debe ser, al contrario, por ese jugo de vital simpatía del autor.
—GUILLERMO KOENENKAMPF.



VIDA DEL PUEBLO NORTEAMERICANO, por *Harold Underwood Faulkner, Tyler Kepner y Hall Bartlett*

Es un hecho innegable que sólo podemos amar y comprender lo que conocemos, y que si llegamos a conocer una parte de un hecho o de un fenómeno cualquiera, el interés por conocer lo que falta para completar el todo, nos llevará irremisiblemente a buscarlo; no dominaremos nuestra inquietud espiritual mientras la totalidad de ese fenómeno no pase a engrosar nuestro caudal de conocimientos.

En «Vida del pueblo norteamericano», los historiadores Harold Underwood Faulkner, Tyler Kepner y Hall Bartlett han procurado trazar un panorama completo del desarrollo histórico de la gran nación del Norte, y lo han conseguido mediante un estilo clarísimo, y sobre todo muy ameno, que libera a la obra de esa aridez, de esa monotonía y de esa lentitud que conduce pronto al aburrimiento a los lectores de manuales históricos de tipo corriente. Por todo esto, «The American Way of Life» es una invaluable contribución al conocimiento del pueblo «yankee», tan criticado y aun alabado con tan poco fundamento, casi siempre mediante conjeturas o afirmaciones llenas de prejuicios, propagadas por elementos interesados en crear odios injustificados, que nunca poseen sólidos y verdaderos conocimientos sobre la vida, las aspiraciones y la idiosincrasia del pueblo norteamericano. De ahí la gran importancia que tie-